

leer una sola página de Zola! Jamás la naturaleza, el hombre, los gustos y las costumbres del hombre, han sido más rebajados. Éste es para mí uno de los reproches esenciales que se puede dirigir al naturalismo materialista, reproche que no cabe decir que sea merecido por el naturalismo inglés ó por el naturalismo ruso. Cualesquiera que hayan sido el poder y la sinceridad de Zola, esto bastaría para hacer de él un gran culpable, que ha colaborado en la decadencia del gusto, dando al lector (y particularmente á la pequeña burguesía y al hombre del pueblo) el sentimiento de la caducidad personal. Creedme, no es en esta sociedad deformada donde la simpatía humana y la piedad humana han de aprender la vida y buscar sus enseñanzas. ¡Naturaleza augusta é inmensa, respóndeles con el testimonio de todo lo que piensa y lo que vive!

No más alma, no más vida interior, no más verdad. «Yo creo que sólo lo ideal, la pasión y la seriedad, consagran», pensaba Goethe, que veía el verdadero arte en «lo que es sano, enérgico, fresco y dispuesto». Únicamente, volviendo á la tradición francesa, á la medida, á la sobriedad realista, á todo lo agudo de la observación psicológica y de la «mirada interior», dos antiguos y célebres discípulos de Zola se han librado de su tutela y escapado al materialismo. Escuchad al incomparable (casi podría decir el clásico) Maupassant; ved el secreto de su fuerza tal como él la revela, y comparadle á

lo que nos han dicho ya en el lenguaje de su época Labruyère, Balzac ó Dumas (hijo): «Requíerese la observación simultánea del corazón y de la experiencia... El fin del novelista es obligarnos á pensar y comprender el sentido profundo y oculto de los acontecimientos. A fuerza de haber visto y meditado, mira el universo, los hombres y las cosas de cierta manera que le es propia y que resulta del conjunto de las observaciones reflexionadas.»

Y he aquí la confesión de Huysmans en *La Bas*: «No reprocho al naturalismo ni sus términos de peones, ni su vocabulario de letrinas y de hospicios, porque sería injusto y absurdo... Lo que reprocho al naturalismo es haber encarnado el materialismo de la literatura y haber glorificado la democracia del arte... ¡Qué teoría de cerebro mal formado, qué estrecho sistema! ¡Querer confinarse en las suciedades de la carne, arrojar lo suprasensible del mismo modo que el sueño! ¡No comprender que la superioridad del arte comienza precisamente donde los sentidos dejan de servirnos!... El materialismo naturalista ha llegado al elogio de la fuerza bruta, á la apoteosis de la bestia... Convendría conservar la veracidad del documento, la precisión del detalle, el lenguaje ahogado y nervioso del realismo; pero convendría también hacerse buzo de almas y no querer explicar el misterio por la enfermedad de los sentidos. Convendría, en una palabra, hacer un naturalismo espiritualista, que sería de otro modo

fiero, de otro modo completo, de otro modo fuerte.»

¿Fiereza? ¿Totalidad de la vida? ¿Fuerza? ¿Pero no es la pretensión, siempre renovada á través del tiempo, de cada escuela? ¿No es ésta la ambición secreta ó confesada de todo escritor? ¿Esperáis encontrarlas en el sensualismo contemporáneo? Porque, si no me engaño, por su aspecto de sensualismo es cómo el materialismo logra hoy éxito. Creo que si no hemos conservado preciosamente las piedrecitas blancas que llevan al rebaño, podríamos tomar por nuestra cuenta la aventura de los hermanos del Pulgarcito, y que nos arriesgaríamos á perdernos en el bosque inmenso, más lleno de emboscadas que el de Brocelianda, donde apenas gime y resume incansablemente la muchedumbre innumerable de nuestros novelistas. Asimismo no trataría yo de nombraros lo más escogido de esos novelistas de gran talento que desde hace veinte años han nacido á la vida literaria y que han escrito con una fecundidad que sólo se creía reservada á la raza de los microbios, ó á la de los pintores que no cesan de decorar las paredes de todos nuestros salones de invierno, de primavera, de verano y de otoño. Tampoco os hablaré, aunque jamás haya habido más talento y más disponibilidad, de habilidad y de mérito, porque no soy de aquellos que creen necesario amasar todas las hipérboles que la moda ha acreditado, pues sabéis que el menor de ellos es desde su nacimiento, como se dice

hoy, un «talento» ó un «ingenio». Como susurraba, moribundo, el Porthos de Alejandro Dumas: «¡Son demasiados!» Se trata, pues, solamente de tratar de reunir desde el punto que nos ocupa algunas ideas de conjunto que pueden ayudar nuestras reflexiones personales.

Sabéis cómo toda una parte de los admirables esfuerzos de la civilización contemporánea es naturalmente conducida hacia la satisfacción más completa y más rápida de las necesidades materiales, y cómo (puesto que todas las cosas se conservan en este mundo) el individualismo, el escepticismo, la apología de la fuerza y del éxito, la moral utilitaria y la teoría vulgar (y muy «primitiva») del derecho al goce, han, prometiéndose y combinándose, penetrado en nuestra sociedad. Quisiera como de pasada indicaros cuán curioso es comparar desde el punto de vista del matrimonio y de la familia, la idea del derecho á la pasión y del derecho á la felicidad tal como la expone el teatro de los latinos Dumas (hijo) y Hervieu, y cómo la concibe el teatro del escandinavo Ibsen, completamente penetrado de la vida interior y de la creencia en una síntesis posible de los derechos del alma y de los del cuerpo. De este esfuerzo constante, y por decir así fatal, hacia más satisfacciones físicas y hacia menos sufrimiento no había más que un paso para dejarse resbalar en el sensualismo, una vez que el hombre se creía autorizado á emanciparse de las antiguas y

preciosas disciplinas que han afirmado la soberanía del alma. Y esto ha sido hecho de mil maneras diversas. Os ruego observéis que se tratará aquí sobre todo de matices, que me arriesgo á ser acusado de paradójico ó de injusto, y entiéndase bien que yo hablo solamente de las ideas y sus manifestaciones, y jamás de las personas.

Mientras que el teatro «brutal» y «matalón», retrasado ante la evolución de la novela, continúa floreciendo entre nosotros con la audacia de escándalos que conocéis; mientras que el teatro «fisiológico» se extiende bajo la pluma vigorosa de Bernstein, de Bataille ó de Porto-Riche; mientras que los carteles más detallados en su cinismo se ostentan en nuestros muros especificando amablemente que los espectáculos que se celebran no se dirigen más que á espectadores de más de diez y seis años; mientras que los periódicos más obscenos se ostentan en los escaparates de los kioscos y á las puertas de nuestros colegios, una verdadera crisis moral y el exceso de los malos olores tan amados de la novela naturalista habían acabado, hace veinte años, por separar el naturalismo del materialismo y de su jefe los mejores de sus apoyos, Maupassant, Huysmans, los Margaritte, el honrado y vigoroso Rod. Recordaréis cómo al mismo tiempo rebelado el buen sentido, el vigor psicológico y los preciosos dones de Vogüe, de Brunetière y de Bourget, le dieron por diversos medios los últimos golpes.

Sin embargo, algunos discípulos retrasados del naturalismo, adeptos de lo que al parecer conviene llamar «vigor», no temen, con Descaves ó Mirbeau, por ejemplo, recordar algunos de sus más enfadosos y materiales atrevimientos en su estudio brutal de «la carne». Representando á Mirbeau como «inflamado de un ardor de humanidad», se ha dicho: «por el sensualismo mismo es como Mirbeau, en *Le jardin des supplices*, llega á una especie de misticismo». En nombre de la verdad, pregunto si Mirbeau había conservado algunos granos de misticismo cuando escribía *Le journal d'une femme de chambre*. Por favor, entonces que se nos preserve de esta especie de misticismo, porque puesto que se trata de «odiar el mal», yo prefiero que se le odie de otro modo. Pero en fin, si se era todavía naturalista en Alemania, no se fué más naturalista en Francia en 1890. Creo haberlos indicado cómo, á mi parecer, la ley de reacción domina voluntariamente la vida, y particularmente en nosotros, latinos. Luego, por reacción contra los profesionales del materialismo, según la fina expresión de Maeterlink (que ha sabido hacer una parte tan llena de emociones en los matices imprecisos del misterio), se recordó que «el mundo no acaba en las puertas de las casas»; fué como un nuevo nacimiento; se escapó de la naturaleza material; se fué todo espíritu; se soñó en penetrar «el alma de las cosas»; se analizó de mil maneras; se puso de moda el ser «inte-

lectual»; vosotros recordaréis esta época, en que llegó á perderse la tierra bajo los pies. Así en el éxtasis del simbolismo nacido en el salón de Mallarmé, convirtiéndose en lo que se llamó «el arte por la belleza», y no solamente el arte impersonal, «el arte por el arte», como antiguamente en el muy noble y severo Parnaso, sino el arte de cenáculo, el arte de capillitas cerradas, el arte para el más pequeño número posible de iniciados... y de admiradores, el arte para uno solo. Vayan al diablo el hombre y el público, gritaron los nuevos poetas, que el no ser comprendido es precisamente un signo de aristocracia. Los nuevos poetas fueron salvajemente, sombríamente, místicamente individualistas, y tan complicados, que llegó día en que fué preciso traducir al francés las producciones de esos excelentes autores franceses. Se hubiera uno creído en tiempo del *Hotel de Rambouillet*, de las *Précieuses*, de *Voiture* y de *Trissotin*. ¡A qué extremos llegan todas las rupturas de equilibrio! ¡Ah, cómo se hubiera divertido Molière!

De amor, linda marquesa,  
Me hacen morir vuestros bellos ojos.

Eran estos, pues, juegos de agudeza y de *calembour*, separación aparente de lo que constituye la realidad de la vida, diversiones de inteligencias sutiles y ociosas, caricias voluptuosas y música de palabras amorosas acopladas por escritores maravillo-

samente dueños de sus recursos, en fin, mil sueños combinados en la alegría de no provenir en nada de otro, ni tener más gusto que el de divertirse con acontecimientos y con personajes. «Es un encanto inquietante y sutil», decía Brunetière, hablando de la obra sensual deslavazada y seductora de Régnier, en ocasión en que éste último ardimiento simbolista no estaba todavía en busca de lo que hoy se llama, según creo, el «verismo», el «vitalismo» ó el «humanismo».

Ya veis que había precisamente en estas investigaciones y en estas curiosidades del espíritu todo lo que se necesitaba para llegar un día al sensualismo perfecto, como advirtió la condesa de Noailles, en *L'ombre des jours*:

¡Ah, juventud que un día ya no lo serás:  
Tus sueños, tus risas y tus flores,  
Los placeres y el amor que te subyugan: ¡qué cosa  
Para aquellos que verdaderamente no más que eso han  
[deseado!

«¿Para aquellos que no han deseado verdaderamente más que eso?» He aquí, bajo la gracia de ese hablar cambiante, la definición misma del sensualismo. Observad que yo no digo que se tratase de una *teoría*, del sensualismo oficialmente materialista. No, por cierto, puesto que precisamente se estaba muy legítimamente y muy valientemente en guerra contra la forma naturalista del materia-

lismo basado en la grosería. Y, además, eso hubiera sido demasiado rudo para los oídos y la vista de esos refinados; pero, en fin, se era sensualista con ese sensualismo que es el fondo, la manera confortable de ser materialista para las gentes extremadamente refinadas; un sensualismo elegante, flexible, aristocrático, complaciente, oportunista, práctico, enemigo de las palabras mal sonantes y de los gestos feos; un sensualismo epicuriano de *dilletante* y de Raminagrobis; un sensualismo de *boudoir*, que tiene por sostén gentes muy honradas, á quienes nada les espanta y á quienes se encuentra por las mañanas tranquilamente instaladas en su butaca atizando el fuego, el fuego de la chimenea; un sensualismo que sabe disponer á su gusto de las reticencias más sabias y de las confesiones más osadas, que se adorna con brocados del siglo XVIII, que tiene la gracia de las cortesanas de Alejandría y la sonrisa encantadora de una parisién. Así es como cuando se llama uno Reg, y se dispone de las deliciosas melodías de su ritmo, se escribe *Les rencontres de Monsieur de Bréot* y se canta en *Les médailles d'argile*:

Yo he fingido que los dioses me han hablado,  
 Uno fluyendo algas y agua,  
 Otro coronado de racimos y de espigas,  
 Este alado,  
 Feroz y bello,  
 En su estatura de desnuda carne,  
 Aquél siempre velado,

Un nuevo dios todavía...  
 Ninguno de vosotros ha visto  
 Que mis manes temblaban de ternura,  
 Que todo el gran ensueño terrestre  
 Vivía en mí para vivir en ellos;  
 Que yo grababa en metales piadosos  
 Mis dioses  
 Y que tenían el semblante viviente  
 De lo que hemos sentido de las rosas,  
 Del agua, del viento,  
 De la selva del mar,  
 De todas las cosas  
 En nuestra vida  
 Y que nos cuadran divinamente.

Así es también como cuando se llama uno Louys, se escribe *Aphrodite* la licenciosa ó la *Chanson de Bilitis*, tan perfectamente impregnada de paganismo griego, que los sabios alemanes fueron torpemente engañados, y en el curso de una aventura verdaderamente alegre, lo tomaron por una traducción. Así es todavía cómo se celebran frases por el tenor siguiente: «Aquella juventud, embriagada de la tierra, que llamamos la vida antigua, en que la desnudez humana es la forma más perfecta que podemos conocer y concebir, puesto que la creemos imagen de Dios, podía descubrirse bajo los rasgos de una cortesana consagrada delante de los 20.000 peregrinos que cubrieron la playa de Eleusis, en que el amor más sensual, el divino amor de que somos nacidos, se conservaba sin mancilla, sin vergüenza y sin pecado...»

¿No encontráis en estas líneas, bien que amortiguadas, porque han nacido bajo un cielo menos ardiente, algunas de las notas que hacen vibrar bajo la lira los dedos de fuego de D'Annunzio, todo el orgullo de un *dux*, con toda la impertinencia de un Médicis, ese sensualismo agudo que parece hinchado de deseos como se hinchan las granadas, de que ha hecho su emblema, ó la pulpa de esas uvas que brillan en verano en las parras del campo romano? Recordad cómo en *Il fuoco* el poeta italiano, haciendo hablar á su héroe Estelio Effrena, parecía resumir su doctrina de sensualismo aristocrático cuando declara que su concepción del arte no se separa de su concepción de la vida; lo que necesita es «ser magníficamente sensual», complacerse en las «fiestas de los sonidos, de los colores y de las formas, privilegios de príncipes», por cuanto «la única actitud que conviene es aquella á la que la naturaleza nos dispone». «Estimulemos, pues, la energía de la vida humana por la exaltación de todos los deseos, hasta la fiebre», puesto que «el placer es el medio más cierto de conocimiento que nos ha concedido la naturaleza, y el hombre que ha sufrido mucho es menos sabio que el que ha gozado mucho».

Tal es ese sensualismo de príncipe egoísta y dominante, que difiere radicalmente por la intención, por la modalidad, por la inspiración, por las conclusiones, de aquel que no deja, sin embargo, de

acompañar á través del mundo los grandes vuelos á que el sueño inquieto y mágico de Loti nos ha acostumbrado; ved todavía si puedo permitirme aproximaciones desconcertantes y un poco injustas de una y otra parte; ved cómo este primer sensualismo que difiere del de Loti, difiere igualmente del sensualismo de pretensión pedagógica y un poco burgués al que Prévost (ese «cristiano erótico» como lo ha definido Lemaitre), se cree obligado á sacrificar en honor de las *Demi-Vierges* y de las vírgenes fuertes ó locas, por las cuales sueña rehabilitar el matrimonio cristiano... porque ¡tal es su ambición! Comprenderéis que no es esa la misma filosofía, los mismos hábitos de espíritu, que los primeros y los segundos aparecen diferenciados, y que no nos llevan los unos y los otros hacia las mismas concepciones de la vida.

Cuando una obra entera, como las primeras que he citado ó como la de la condesa de Noailles, se funda en inspiración semejante; cuando encuentra en ella su esencia y su armazón; cuando saca de ella razones de su éxito, ¿no hay derecho á decir que ha pedido al paganismo antiguo, en la forma y en el fondo, algunos derivados de su materialismo, aquellos que (*mutatis mutandis*) convenían en calidad y en cantidad al tiempo en que nacían, al refinamiento de la sociedad civilizada á que se dirigían y que es bastante hipócrita y está bastante deshabituada de la moral para pensar en cuidarse

mediocrementemente de sus sucedáneas? Ese semimaterialismo de detalle oculto en cien autores que seguramente protestarían si uno se atreviera á hablar abiertamente de su materialismo, las insinuaciones de esa filosofía sensualista y lujosa del placer á todo trance, no dejan, preciso es reconocerlo, de corresponder á los hábitos de espíritu y de vida de una categoría de lectores que se sienten felices en creerse libres de las precisiones de todos los dogmas y de las obligaciones inherentes á toda fe. Así, el sensualismo, unido á la descripción de una vida ficticia, está á su manera separado de la vida real. Por el encanto contagioso de una literatura acariciadora, deliciosamente matizada, enamorada de todas las originalidades, de todas las rarezas y de todos los exotismos, ha desempeñado en las clases llamadas elevadas, á las cuales se dirigía, un papel de educación materialista, de complacencia y hasta de complicidad análoga á la que las brutalidades del naturalismo han podido representar en los medios populares perfectamente refractarios á todas las sutilezas de nuestros cenáculos contemporáneos, pues no ignoráis que las novelas naturalistas de Zola son, con las de Erckmann-Chatrion, las únicas que han penetrado en tales medios.

No: esos «corazones innumerables», complicados y egoístas, á pesar de su prodigalidad, no han enumerado lo esencial de los latidos de nuestros corazones. Cierto que cantan el amor en versos armo-

niosos como ellos saben hacerlos, que aman el amor que nosotros amamos y queremos, pero no como ellos lo conciben, ni de la manera como acostumbra á exaltarlos, no viendo en el amor más que la voluptuosidad sensual en vez de la pasión que invade el alma y la renueva. «¡Es *Venus* entera á su presa unida!» Ahora bien: ¿no os parece que han pasado ignorantes ó indiferentes al lado de todo lo que constituye hoy el esfuerzo, el trabajo, la lucha, la crisis moral, espiritual y social que hace latir en este momento á tantos corazones? No, no está aquí, ciertamente, el ritmo entero y poderoso de la vida.

Y como los extremos se tocan algunas veces, en la fracción de la nueva escuela, la más inclinada á los arrumacos de la curiosidad intelectual, es donde se agrupan como á placer las conclusiones más ásperas y más desoladoras que podremos reprochar ahora al materialismo en su conjunto. Duéleme infinitamente tener que nombraros aquí á Andrés Gide y su cenáculo, porque no puedo olvidar ni su talento de escritor, ni la cultura de su espíritu, ni (en lo que me concierne) las horas encantadoras que, primero como niños, después como adolescentes, á la edad maravillosa de los sueños y de las grandes esperanzas, hemos pasado corriendo juntos los senderos embalsamados de los bosques normandos, tratando de cosas muy graves para nuestra edad: momentos son éstos que se aman

cuando se les llega á repasar en el corazón y de los que se guarda siempre gratitud, pero cuando verdaderamente se quieren tener «discípulos», cuando se ha escrito *L'immoraliste*, y cuando se ha podido hacer creer al lector que éste era el resumen de una concepción de la vida, justo es rendir cuentas. En esta pequeña escuela se tienen pretensiones de vanguardia, aun cuando en realidad estén atrasados en diez años respecto al movimiento actual de los espíritus, y se imprime con mucha gravedad (os ruego creáis que hablo humorísticamente) que se quiere «andar mejor hoy con las manos que con los pies, como ayer». He aquí las gentes que tratan de representar la vida y que quieren ser tomadas en serio. Lo más singular es que estos profesionales de la desilusión son generalmente bastante felices en su vida personal, pero asombra que después de estas bellas declaraciones os pinten un mundo que es verdaderamente el reverso en maridos, mujeres, padres, madres, hijos, costumbres é ideas. Esto es un juego de acróbatas. ¿Y quién podrá aplaudir la doctrina de que «en arte no hay problemas de que la obra de arte misma no sea suficiente solución»? Yo no tengo tiempo ni voluntad de insistir en este punto, y quiero creer, como se me ha dicho, que esto no es en esos autores (jóvenes... de antes de ayer) más que una crisis de crecimiento, ya antigua y casi olvidada. Tengamos la paciencia de darles crédito, deseando que un día reflejen otra vida en

otros espejos y que sean á la vez bastante sabios para dejar su torre de marfil, demasiado orgullosa y por lo mismo llena de peligros.

Mi conclusión será muy breve. Si una de las ambiciones de la literatura es representar la vida, una de sus consecuencias es, indiscutiblemente, engendrar la vida. ¡Pensad cuántos imitadores ha tenido *Werter*, *Julie Saint-Preux* y *René*! ¡Recordad cuántas destrucciones ha facilitado la burla corrosiva de *Bergeret*! ¡Y considerad la fiereza que ha estimulado, en el atrio de la catedral de Metz ó en las mansiones de Estrasburgo y de nuestra vieja Francia, la tranquila sonrisa de *Colette Baudochet*! He aquí una valentía que está dispuesta á capitular ante el materialismo de la impertinencia ó el materialismo de la fuerza.

Materialismo filosófico del siglo XVIII, materialismo naturalista de mediados del siglo XIX, materialismo sensualista é «intelectualista» de principios del siglo XX, ¿qué han producido en mundos diversos las combinaciones, las evoluciones y las recetas tan diversas del materialismo en la misma literatura? ¿A qué obra duradera ha unido su nombre? ¿Qué ha fecundado? ¿Qué soplo de vida ha hecho pasar sobre los hombres y sobre las cosas? ¿Qué fuerzas ha acrecentado? ¿Qué porciones de nuestro patrimonio ha enriquecido?

Rebajando la naturaleza humana, después de haberla robado lo esencial de su dignidad, la lite-



ratura materialista es una de las colaboradoras más seguras de la «anarquía», cualquiera que sea el epíteto que se añada á la palabra «anarquía», que siempre significará «ausencia de gobierno»; que corta al hombre en dos y desdeña la mitad; parte de la apariencia para llegar á mil diversas ruinas. En suma, es como un espejo deformado que recibe la imagen exterior de las cosas, pero que las destroza y les arrebató su jerarquía y su verdadera arquitectura. En el exterior, el brillo de la forma ó la destreza de la composición, de la gracia ó del poder que pueden poseer muchos de sus adeptos (cualidades absolutamente personales, ante las cuales nos inclinamos, pero que nada tienen que ver con una doctrina de arte ó un principio de vida), nos hace asistir á la quiebra de lo que constituye la mayor de sus pretensiones, ó sea realizar y representar la «integridad» de la vida.

He tratado de bosquejaros su acción por la novela. ¡Cuánto se podría decir de su acción por la historia (si puede llamarse historia la enumeración fragmentaria que prescinde del alma de los hombres y de los pueblos), de su acción por esa moral desmoralizada que llega á no ser otra cosa que el catálogo material de las costumbres de su acción, por esa sociología que llega á negar la idea de toda responsabilidad personal! Considerad la esencia del materialismo y preguntad cómo la literatura materialista, cualquiera que sea, no sería, á pesar

de su afirmación orgullosa de los derechos exclusivos de la materia, un espiritualismo aplicado, sobre todo, á la descripción, al estudio, á la enseñanza (porque todo lector es «un ser culto») de las partes negativas de la vida, y decidme si esto es una paradoja. Desde el punto de vista metafísico, la literatura materialista, si es sincera consigo misma, no puede llegar al ateísmo ó una especie de panteísmo puramente sensual, no puede llegar sino al fatalismo ciego é inerte, á ese pesimismo que nada puede desviar ó corregir, y del que Vogüé decía en su magnífico lenguaje: «El pesimismo sale del materialismo como el gusano del fruto podrido.» Desde el punto de vista práctico, no puede llegar sino á la apología de todas las formas del egoísmo, y por consiguiente, á aplastar al más débil, y una de las cosas que más le reprocho es no contener, sea en su forma naturalista, sea en su forma sensualista, una página que esté penetrada de verdadera y eficaz simpatía por los humildes, ni dar un análisis del sufrimiento, esa parte eterna de la vida humana, cualquiera que sea este sufrimiento y cualquiera que sea el aspecto desde el cual se nos presente. Para ella, el sufrimiento no es en el fondo más que un objeto de curiosidad clínica, un motivo de análisis; es un hecho fatal, no un hermano gemelo en que uno se ve obligado á reconocerse. No hay en ella esos gritos de piedad que hallan un eco en nuestro ser y lo conmueven. Esta literatura no

puede sino llegar á la deserción efectiva de los deberes, á la abstención, á la teoría de la inutilidad de la acción, á una especie de *nirvana*, conducente, en el goce, y en la cobardía ante la vida, á un eterno *¿á qué bueno?*, y no solamente al amoralismo, sino á la inmoralidad misma erigida en doctrina. Hay una lógica implacable en el desarrollo cotidiano de este ilogismo. ¿Es esto un principio de vida? ¿Es éste el resultado que quieren hacernos admirar en nombre del arte?

Si, yendo más lejos que esta comprobación del aminoramiento del individuo, nos fijamos en las consecuencias sociales de la literatura materialista, vedla penetrando en las sociedades envilecidas y depravadas, deslizándose después, bajo la cautivante magia de las bellas formas y bajo el señuelo de las firmas, á la mesa de lectura de un refinado, que condesciende con las costumbres cotidianas, y pasando por el ejemplo (por vuestro ejemplo de lector responsable) de vuestro salón á la oficina, y tal vez al aposento de vuestros hijos, de un círculo de letrados á la biblioteca de un estudiante ó á una sociedad de obreros, insinuándose así por mil canales, que se ramifican hasta el infinito, los pensamientos, las costumbres, las empresas y las leyes nuevas, enseñando á todos el descontento, porque no enseña más que el goce, ese elemento de inestabilidad que acompaña siempre el cortejo de los nuevos deseos y de los disgustos inevitables, alcan-

zando al hombre político, al funcionario, al profesor, al aprendiz, al estudiante y hasta al niño. ¿Habéis pensado alguna vez en ese drama que se representa á nuestro alrededor, lleno de terribles consecuencias y que se llama la desespiritualización de la infancia?

Y descendiendo varios grados, saliendo de la «literatura», para entrar en el dominio del mercantilismo, que llega á ser para gentes sin escrúpulos un procedimiento de ganancia y un artificio de éxitos fáciles, suministra á ciertos periódicos (esos periódicos que constituyen la única lectura de la mayor parte de nuestros obreros y de nuestros aldeanos) artículos licenciosos que la mujer ó la joven pueden leer después que el padre los ha dejado sobre la mesa de la casa, y ese mercantilismo es el que pone en los escaparates de los libreros las ediciones pornográficas baratas. ¡Por cincuenta céntimos se tienen todos los vicios en un solo volumen! Y en verdad, señores, ¿por qué los escritores populares se molestarían, cuando se molestan tan poco en su lenguaje elegante los poderosos que dan el tono y que están obligados á poner las ideas en circulación? «Yo no describo el vicio más que para combatirlo», decía uno de ellos; pero olvidaba al mismo tiempo que vivía... espléndidamente del gusto que en todas partes se tiene por la pintura del vicio.

He oído decir el otro día que la ley americana

para atacar al proxenetismo persigue no solamente á los proxenetas, sino que también á los propietarios que les alquilan sus casas. Asimismo hay un proxenetismo de la literatura, como hay un alcoholismo de la literatura. ¿Es esto fuerza ni vida? Para los demócratas, ¿representa el respeto legítimo debido á la democracia? Para los aristócratas, ¿significa el empleo legítimo de una aristocracia? ¿Cómo, pues, admirarse de hallar en tantas de nuestras villas, donde las ideas penetran con gran dificultad, pero con dificultad mayor se modifican y desaparecen, el materialismo sentencioso, ridículo y perverso de los herederos de Homais? ¿Cómo admirarse de que en muchas aglomeraciones obreras el materialismo anárquico haya echado tan vigorosas raíces en el dominio de los goces del espíritu y del corazón, que parezca haberlos abolido para siempre? ¿Cómo admirarse de que, de cuando en cuando, desaparezcan hasta todo sentimiento del arte y toda noción de una belleza posible de la vida? ¿Cómo admirarse de que, en el dominio de la moral, de la política y aun de la vida sindical conduzca á la más terminante fórmula de negación y á la desorganización de la sociedad, que sucede á la desorganización del individuo? Y la palabra de protesta no partiría, no, de nuestros salones, donde reinan la hipocresía, el escepticismo y la desesperanza. En verdad, la vida mal podría subsistir allí donde se la ha quitado todo precio.

¿Y no pensáis que para nosotros, cristianos y franceses, el materialismo es una de las formas de dilapidación de nuestro patrimonio religioso, moral y nacional? ¿No es contrario á lo que podemos encontrar de más cierto, de más neto, de más puro, en el conjunto de tradiciones y de esfuerzos seculares de la Francia cristiana? ¡Singular reacción de las cosas! Los adversarios del cristianismo le han venido hasta hoy acusando de mutilar, envilecer y hasta castigar á la naturaleza y he aquí son cristianos los que ante la impotencia del materialismo, para darnos la imagen, el sentido y el gusto de la vida, reclaman los derechos de la verdadera naturaleza. ¿Quién, en efecto, mejor que el cristianismo ha poseído el arte maravilloso de las jerarquías del ser? ¿Quién, sino el cristianismo, ha honrado los derechos de la naturaleza humana entera y los del hombre natural, desfigurados por el paganismo materialista? ¿Quién los ha más realmente celebrado? ¿Dónde encontraréis más completa que en el cristianismo esa armonía soberbia, que es la verdadera síntesis de la vida, por cuanto une la realidad de las cosas al imperio glorioso del alma y á la experiencia sensible al espíritu?

En cuanto á nosotros, que como franceses y como cristianos queremos ser constructores de vida más plena, pensamos que, menos hoy que nunca, debe esta Francia que amamos tan apasionadamente, pero á la que se espía, envidia y codicia, reforzar

semejante empresa de demolición nacional: no es así como se hace, se mantiene ó se afirma una nación. No vacilemos, pues, en denunciar en la forma literaria del materialismo, no un progreso, sino una representación mutilada de vidas deprimidas, degeneradas, aminoradas, y, por definición, la más peligrosa y menos discutible de las mentiras.

No ignoro, empero, que nuestra juventud se levanta. Penetrada de una llama que acaso no poseían los que han tenido veinte años al mismo tiempo que yo, declara dirigir sus miradas hacia horizontes distintos y querer volver á encontrar el hilo de las cosas. ¡Pueda ella ser bastante sabia para atender á los llamamientos de su alma, sin por ello perder la plena y robusta realidad de la vida! El éxito sólo á este precio lo conseguirá.

Un filósofo ha dicho: «El alma es, después de los dioses, lo que el hombre tiene de más divino y lo que le toca más de cerca. Es, pues, preciso dar á la parte que tiene el derecho de mandar la preferencia sobre la parte que debe obedecer. Lo que verdaderamente nos honra es seguir á lo que hay en nosotros de mejor, y dar toda la perfección posible á lo que es menos bueno, pero susceptible de enmienda.» Quizá el citar á Platón os parezca anticuado; pero ¿qué queréis? ¿Y si Platón tiene razón? Ved aquí algo más moderno, suscrito por Renan: «La buena literatura es la que, transportada á la práctica, crea una vida noble.» ¿Pensáis que la li-

teratura materialista pueda soportar esta prueba? ¿Queréis vosotros mismos ser, por ministerio del arte, los apóstoles de cuanto ennoblece la vida? Por lo que á mí toca, tratándose no sólo de una doctrina del arte, sino de toda una concepción de la vida, prefiero para el arte la concepción del Evangelio.

FRANCISCO DE WITT-GUIZOT,  
Literato y publicista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO